

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EUGENIA LA FATA

Fernando Olavarría Gabler

12



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EUGENIA
LA FATA

Fernando Olavarría Gabler

EUGENIA, LA FATA

En un rutinario recorrido que hacía los lunes, miércoles y viernes para ir a un trabajo relacionado con la profesión médica, tenía que tomar el tren a las 15:30 horas en la estación Chorrillos, bajarme en la estación Bellavista, y continuar en un tedioso caminar atravesando la avenida Errázuriz, pasar frente a la plazuela Centenario, atravesar la calle Blanco Encalada y luego caminar por el pasaje al costado del café Riquet y llegar a la fuente de Neptuno para atravesar la calle Condell y subir al séptimo piso del edificio de la Cooperativa Vitalicia, para finalmente llegar a la oficina N° 71 de Saam Crewing.

En este recorrido me encontré en repetidas ocasiones con un extraño personaje. Era una mujer joven, vestida de pordiosera y con un aseo personal que podríamos considerar como óptimo en su gremio, el de los mendigos.

Ese día deduje que su hombre, de ninguna manera era zurdo ya que ella tenía amoratada toda la parte izquierda de su rostro.

Cada vez que nos encontrábamos, yo sacaba parsimoniosamente una moneda del monedero y exclamaba con voz quejumbrosa ¡Tengo que pagar peaje! Ella sonreía suavemente al recibir esa broma.

-¿Cómo te llamas?- le pregunté un día.

-Eugenia.

-Eugenia ¿Qué más?

-Eugenia la Fata.

-Lindo nombre -le respondí- y el apellido me suena a italiano.

Lo que la gente no sabe, Eugenia, es que tú eres un hada disfrazada de mendiga.

Eugenia sonrió con un dejo dulzón de tristeza. No sabía si se estaban burlando de ella o si se había encontrado con un loco o un poeta. Después de todo no es mucha la diferencia.

Ante su mirada desorientada y dudosa, insistí. -Sí, Eugenia. Tú eres un hada que te sitúas aquí, donde estamos, y mides el grado de egoísmo o de cariño de los seres humanos.

Cuando llegas al rincón que te sirve de hogar, probablemente los hijos te piden comida, cuentas las monedas y mandas al hijo mayor a comprar pan y otras cosas más si el dinero alcanza. Te acuestas debajo de tus harapos y abrumada por el cansancio y la pobreza, masticas un poco de pan, te quedas dormida y sueñas. Tu espíritu se desprende del cuerpo sucio y miserable y vuela, puro, transparente, hacia mundos desconocidos. Son zonas prohibidas para la Muerte y la Maldad. Ellas no pueden entrar allí. No sé por qué te digo todo esto, pero lo intuyo...

Una tarde lluviosa de otoño me encontré nuevamente con la mendiga y ella, sonriente, avanzó hacia mí y me dijo algo sorprendente que me llenó de asombro y curiosidad.- No vengo a

EUGENIA, LA FATA

pedirle una moneda sino quiero invitarlo a una fiesta. Nos vamos a reunir varias de nosotras, el próximo plenilunio para contar nuestras últimas experiencias. Así que... queda invitado. A las doce. La dirección es en el barrio chino del Puerto, adentrándose por el callejón del Calaguala; al final de éste, a la derecha, donde hay una casa en ruinas en la quebrada. Allí es la cita.

Quedé perplejo, mudo.

Era tan grande mi sorpresa que no alcancé a dar las gracias; la mendiga había desaparecido al doblar en una esquina.

Reconozco que este encuentro “descarriló” mi actividad cotidiana por varios días. Sobrevino un pensamiento obsesivo que no me dejaba actuar con normalidad; se interponía constantemente en mi trabajo, en las horas de almuerzo, en la compañía con mi familia, etc. Más de alguien me preguntó en esos días si estaba enfermo o si tenía algún problema de difícil solución. Tal era la expresión de mi rostro que incitaba a toda clase de elucubraciones.

Está demás decir que la idea obsesiva me había hecho consultar un calendario donde salían las distintas fases de la luna y constaté con gran aflicción que la fecha se aproximaba. Faltaban escasos días y mi ansiedad era cada vez mayor. Sentía como si en lugar de recibir una invitación, hubiera recibido una orden imposible de eludir.

No. No podía asistir a una cita con una pordiosera en una

noche fría, en un barrio porteño peligroso y subir por un callejón que tenía fama que allí asaltaban a plena luz del día. ¡Todo esto era una locura! Pero la idea persistía, destruyendo todo tipo de cuerdos pensamientos y se entronaba en el centro de mi mente. Fue tal mi desesperación al no poder reprimir más estas sensaciones interpretadas como de tipo compulsivo, que decidí caminar solo por el lecho seco del estero de Viña del Mar, hablar en voz alta y finalmente gritar: ¡Sí! ¡Iré! ¡Iré! Pero ¡Por favor! ¡Quiero paz! ¡Paz a mi espíritu!

Volví emocionalmente descansado a mi hogar y, como un malhechor que planifica su crimen paso a paso, etapa por etapa, planifiqué yo también mi aventura. Compré en el comercio una peluca y una barba. Busqué debajo de la escalera, en el baño de visitas, donde se guardan cosas viejas en mohosas maletas, toda clase de ropa vieja. Encontré un terno, chalecos y camisas destinadas a los pobres de la parroquia y también un par de zapatos cubiertos de hongos.

Me vestí con todo esto y descendí en mi automóvil al lecho seco del estero. Después de cerciorarme de que nadie me veía, me revolqué en la tierra y en la arena suelta que había detrás de unos matorrales. A un antiguo sombrero que había pertenecido a mi padre, le hice varios cortes con una tijera y lo embadurné con barro.

Mi disfraz estaba perfecto.

EUGENIA, LA FATA

Me miré al espejo. Era un mendigo auténtico. Con este disfraz me libraba de ser asaltado. Nadie roba ni asalta a un mendigo.

Esa noche era luna llena. Tomé el tren que me llevó a la estación Puerto. Nadie quiso estar cerca de mí. La gente me rehuía. Inspiraba asco. Tenía la seguridad absoluta que me habrían obligado a bajarme del tren si no hubiera pagado el pasaje.

Dirigí mis pasos hacia el callejón del Calaguala.

Con el forro de los bolsillos hacia fuera, el pantalón con roturas en varias partes y amarrado por un cordel, subí por el tenebroso callejón. Esquivé a dos “cogoteros”* que estaban en un preámbulo de sus actividades.

“¿Tenís cigarrillos viejo?”

No contesté, solamente balbuceé algo inentendible y continué vacilante con paso de borracho.

Había salido airoso en la primera etapa de mi singular aventura.

El callejón se había transformado en una callejuela bordeada de numerosas casas y finalmente un sendero se internaba por la quebrada. Continué mi ascenso con buena visibilidad ya que la noche estaba sin nubes y por detrás de los cerros, al Este, aparecía silenciosa la luna llena. El sendero serpenteaba al borde de la quebrada y se internaba en un bosquecillo de frondosos arbustos.

* facinerosos.

Más allá divisé la casa en ruinas. En realidad, más bien eran los restos de una casa de adobes cuyas gruesas paredes mostraban aún los huecos de las ventanas y una puerta. No tenía nada más que eso. El techo había desaparecido. Me asomé temeroso por el umbral de la puerta. En el centro había una pequeña fogata y alrededor de ella vi, alumbrado por las llamas de unos papeles encendidos, el rostro de Eugenia y otros dos personajes.

¡Bienvenido!- me saludó Eugenia. Espero que no haya tenido problemas con los asaltantes que estaban en el callejón.

-Pasé desapercibido con mi disfraz- respondí.
-Haré las presentaciones del caso- dijo Eugenia.

Frente a mí vi un rostro sucio de un hombre bermejo. Me llamó la atención sus grandes ojos verdes de profundo mirar. Sentí que me estudiaba pero yo era un detalle más en su visión panorámica, que iba mucho más allá de mi silueta alumbrada por el resplandor de las llamas.

-Después de un embarazoso silencio, su mirada pareció volver a donde estábamos, y sonriendo murmuró: Mi nombre es Bruno Cromatti. Soy alquimista. Y no dijo más.

No venía al caso un saludo mío o una presentación como respuesta.

Siéntate junto a nosotros, dijo el otro personaje que estaba casi invisible en la penumbra. Yo soy Vibro Contrapunti.

EUGENIA, LA FATA



Hubo nuevamente un largo silencio que me pareció indefinido y uno de los vagabundos tomó nuevamente la palabra para decir quedamente: Supongo que conoces a Eugenia la Fata. Hada y guardiana del País de los Espíritus Nonatos.

Cuando la vi por primera vez imaginé una poética fantasía, que Eugenia era una mendiga disfrazada de hada, pero nunca hubiera esperado que esa fantasía se había convertido en una realidad.

Así es -replicó el vagabundo-, mientras nutría el fuego con más papeles de diarios y palos secos.

Tu inocente imaginación ha permitido que a Eugenia se le haya ocurrido invitarte esta noche, la cual es muy especial. Hoy podremos fundir en el crisol de la realidad lo feo y malo que poseemos. Todo ello quedará como escoria en el fondo del crisol, es decir en esta casa en ruinas donde estamos, y nuestros espíritus se escurrirán como oro líquido hacia mundos infinitos no conocidos ni imaginados por los seres humanos.

¡Viajaremos unidos a gozar de la belleza pura de la inocencia, el cromatismo infinito y las vibraciones sublimes que jamás puedas imaginar! Tu fantasía es la que vale. Por eso te hemos invitado. En cuanto a lo demás, déjanos actuar con toda libertad y a pleno beneplácito.

Mi asombro no tenía límites. En un principio creía que soñaba,

EUGENIA, LA FATA

pero no era así. Tiré de mi sucia barba y el elástico que la sostenía detrás de mis orejas cedió un poco transmitiéndome que no soñaba y todo esto era real.

Mi actitud complaciente los conformó y al sentarme al lado de ellos y atizar el fuego con un ramita expresé tácitamente que estaba de acuerdo con todo lo planteado y...con lo que había de venir.

Eugenia tomó nuevamente la palabra y le pidió a Cromatti que sacara “las hierbas” de su bolso. Bruno metió la mano en uno de los bolsillos de su sucia chaqueta y sacando una bolsita de terciopelo negro, la abrió descorriendo el lazo y vertió en la palma de su mano unas hojas secas de variados y fuertes colores.

La fogata había sido avivada por más ramas que había echado Vibro. El silencio en esos instantes era sobrecogedor. Solamente se percibía el crepitar de las ramas secas en la hoguera y las chispas que saltaban hacia la oscuridad.

¿Estáis preparados? Nos preguntó Eugenia a cada uno de nosotros y todos asentimos mudos y afirmativos solamente con una inclinación de cabeza. Cuando Eugenia se dirigió a mí yo estaba pensando en cómo una mendiga podría usar la nominación “Estáis” y al no responder de inmediato pude observar en su rostro un leve dejo de ansiedad que se tradujo en una magnética mirada de sus ojos, tan brillantes en la penumbra como si fueran los de un felino. Todo esto se disipó cuando asentí afirmativamente, a pesar de que no

sabía en lo más mínimo para qué iba a estar preparado.

Entonces Eugenia con un gesto de autoridad, alzando levemente el rostro ordenó a Bruno que echara las hojas sobre la fogata.

El corazón me golpeaba fuerte y sentía su latir en mi cuello y lo oía en toda mi cabeza.

Salió un humo ocre, lechoso, que subió pesadamente bien arriba, hacia la oscuridad, y luego ese denso humo fue cambiando de colorido hasta completar los colores del arco iris. Luego se mezclaron entre ellos formando una fascinante mixtura de incontables tonalidades de todos los colores imaginables. Era maravilloso contemplar todo eso y mi miedo se trastocó en una gran emoción placentera al ver ese resplandor tan bello. Contrastaba la extravagancia y brillantez de los colores con el silencio y la oscuridad de todo lo que nos rodeaba ya que ni siquiera la fogata crepitaba. Era como el fluir silencioso de un surtidor que ascendía hacia la noche confundándose con ella y su crecimiento era cada vez más frondoso como una gigantesca planta de acelerado desarrollo.

Vi a través del humo multicolor cómo los cuerpos de mis compañeros se mantenían inmóviles, encuclillados alrededor de este mágico esplendor, inertes, sin vida, como si fueran estatuas de barro opaco; entonces sin darme cuenta de si a mi cuerpo también le

EUGENIA, LA FATA

sucedía lo mismo, sentí que me desprendía de él y ascendía lentamente en espíritu transparente e invisible sobre las ruinosas murallas y emprendía una vertiginosa carrera hacia la noche.

Viajábamos los cuatro en un mismo estado de “sinemateria” hacia las profundidades del negro cosmos, hacia el firmamento no finito por la mente humana.

¿Dónde estoy? ¿Adónde vamos? Quise gritar. Pero no tenía voz. Solo el pensamiento estaba allí, y allí estaban, cerca de mí, a mi lado, el espíritu de Eugenia y los otros dos compañeros de viaje.

La sensación de estar acompañado se unía al de estar protegido en ese extraño mundo en el cual me hallaba y en el que me desplazaba a una velocidad imposible de imaginar. Era una sensación definitivamente no humana.

Tranquilízate -sentí que me decía Eugenia-. Conserva la calma y la paz de tu espíritu. Nosotros te cuidaremos de todo peligro.

¿Hacia dónde vamos? Pregunté aún excitado.

-Vamos hacia el centro de la Vía Láctea -respondió Eugenia. Tendremos que atravesarlo para llegar a mi reino.

-¿A tu reino?

-Sí, en el otro extremo del agujero negro de nuestra galaxia está un mundo que no podrías imaginar y por lo tanto es inútil que te lo describa. En una minúscula parte de él está el País de los Espíritus Nonatos.

Mientras Eugenia me transmitía ese mensaje yo repasaba mentalmente mis conocimientos elementales de astrología. Había leído que los agujeros negros eran comparables a la zona central y extremo distal de los remolinos en las aguas turbulentas. Pensé que el remolino atrae todo a su alrededor, los objetos son succionados hacia la profundidad, al extremo distal de un eje central.

Recorrí las imágenes fotografiadas de las galaxias, similares a un remolino que gira. Deduje que en su centro estaba el agujero negro (¡al cual nos dirigíamos!) que todo lo atrae y succiona incluyendo la luz... Se condensa allí la materia ¡y nace una nueva estrella!

-Eugenia- pregunté tembloroso ¿has captado mis recientes pensamientos? ¿Son realmente exactos?

-Aún más- replicó Eugenia-. Hay galaxias en las cuales hemos observado cómo nacen las estrellas. Tú, que eres médico, podrás imaginarte cómo se desprende un óvulo de un ovario. Este óvulo ha madurado y le toca emigrar. Fenómeno parecido sucede con el nacimiento de una estrella.

-¡Esto es grandioso! Pensé. Es demasiado para mí poder comprender que vamos a penetrar a un mundo de caos, de destrucción imposible de imaginar o concebir con nuestra limitada inteligencia.

-Así es- dijo Eugenia. No trates de resolver cómo se

EUGENIA, LA FATA

comportará esa magnitud inconmensurable de energía y qué lo que resultará de todo ello. Ten confianza en que todo irá bien.

-Eso se llama fe - me dije a mismo.

Jesús Nuestro Señor confío en ti -recé- mientras continuaba mi viaje silencioso hacia lo desconocido, acompañado de tres espíritus, apenas conocidos.

Las incontables estrellas brillantes y otros astros engastados en un trasfondo negro del firmamento se veían más cerca, cambiaban lentamente de posición. Parecían condensarse alrededor de nuestra trayectoria. Estas percepciones me hicieron concluir que nos acercábamos en línea recta, a una velocidad imposible de imaginar, al hoyo negro de la gran galaxia.

Los astros vibraban como si estuviesen sometidos a una violenta presión. La percepción que tenía alrededor de mí era como si volásemos a través de una gran corriente de aire o líquido transparente pero ni aire ni líquido había allí sino algo imposible de describir. Era una masa que se condensaba, giraba sobre sí misma y se destruía. Si estuviéramos rodeados -pensé- de millones de trillones de volcanes en erupción, todo ese conjunto sería una molécula de agua en el interior de todos los océanos conocidos y quizás aún más pequeños.

El Sol incandescente podría ser un átomo o un electrón dentro de la explosión de una bomba de hidrógeno ¡Y nosotros íbamos

hacia el centro de toda esa espantosa energía!

Sentí que Eugenia me transmitía sus pensamientos. -No te preocupes -me decía.- Para llegar a la armonía, a la extrema felicidad, tenemos que pasar por este CAOS. Todo ello representa la condensación de lo más abominable que existe en el universo. Si tienes alguna idea de lo que es el infierno, en este CAOS, al que estamos por llegar, podría representarlo. Todo es destrucción, muerte y desintegración total, hasta del mismo pensamiento o la reacción más elemental que puedas imaginar. Después de la destrucción de la materia y de la energía que ella lleva en sí, llegamos a otra etapa cercana a Dios...

El firmamento giraba en un torbellino infinito para mi débil percepción. La fuerza destructora de la materia llegaba al cenit. Todo se condensaba y se destruía.

No pude seguir soportando tanta energía y sentí que mi espíritu se desintegraba ante una luminosidad total procedente del choque de las estrellas entre sí y luego una oscuridad total, consecuencia de la desintegración de la materia y la liberación de la energía.

Un ser humano puede perder la conciencia por un traumatismo o un tóxico que separa las dendritas desconectando las neuronas pero ¿qué le pasa a un espíritu cuando pierde la noción de lo que es? Insondable misterio que no es posible comprender. Un cuerpo

EUGENIA, LA FATA

muere y se desintegra saliendo el alma de él antes de la descomposición orgánica pero ¿qué pasa cuando un alma se desintegra?

Si mi espíritu perdió la noción total de su existencia, esta sensación no fue definitiva porque (no sé cuánto tiempo después) me pude comunicar nuevamente con mis compañeros de viaje.

Hemos pasado lo peor -me dijo Eugenia- y tuve gran felicidad de saber que estabas cerca de mí - ¿Vibro y Bruno están también presentes? -pregunté.

-Aquí estamos a tu lado- respondieron.

El goce inundó mi espíritu al saber que no estaba solo en esta espantosa pesadilla.

Rodeado de una oscuridad absoluta, pude vislumbrar, muy lejos de mí, un pequeño punto tenuemente luminoso, que brillaba como un velado farol en las tinieblas de la eternidad.

-Eso que ves allá- expresó Eugenia -es una estrella que está naciendo, su energía y su masa se están desarrollando a partir del aniquilamiento de la materia en la cual hemos estado en el pasado.

-¿Qué pasado?- pregunté.

-Llámalo como tú quieras pero es la experiencia que hemos tenido en nuestro viaje antes de estar donde estamos.

El firmamento no se veía tan negro sino más bien plomizo, y los tenues astros que veía a mi rededor fueron palideciendo hasta

desaparecer a medida que lo que me circundaba era inundado por una luz maravillosa que lo invadía todo sin limitarse a confín alguno.

Estamos llegando a mi reino, dijo Eugenia quedamente.

-Al País de los Espíritus Niños- pensé.

La difusa luz que nos invadía, era suave, armoniosa, de un color celeste tenue y a veces rosada.

Escuché extrañas vibraciones. Pensé que millares de millares de vocecitas, gorjeaban, emitían suaves sonidos como los que hacen los lactantes cuando están contentos. Eran como trinos de las avecillas al amanecer ¡tan hermosos! Su armonía era simplemente perfecta. Este melodioso cantar, tan lejano, lo percibía cada vez más cerca y las voces eran más numerosas.

Eugenia reía de gozo y saludaba a todos estos seres invisibles.

Ellos son mis elegidos, exclamó, plena de felicidad. Yo los he recogido y los guío para que vuelvan a Dios.

Lo que oyen ustedes es el cantar de estos pequeños ángeles. Son los niños cuyos padres no han querido que nazcan y han sido masacrados dentro de los vientres de sus mamás.

Todo el horror que han sentido ellos al no ser deseados y aún más, ser destruidos en forma espantosa; todo eso horrible está representado en la vorágine cósmica que hemos atravesado antes de llegar aquí.

EUGENIA, LA FATA

Su inocencia conmueve a Dios y el castigo que reciben sus padres y los colaboradores de este acto criminal es correspondido con equidad porque sus actos provocan la justicia que merecen. No es Dios quien los castiga sino sus propias acciones.

-Pero Dios es misericordioso- repliqué ¿Podrían esos impíos ver la Luz?

-Sí- por cierto- respondió Eugenia-. El arrepentimiento es lícito y eficaz pero de nada sirve si se está en plena oscuridad, destrucción y muerte en el centro del CAOS. Toda buena intención lamentablemente llega demasiado tarde.

Nosotros hemos estado allí pero gracias a la integridad moral o el arrepentimiento de nuestras imperfecciones pasadas, ese mundo tenebroso nos ha permitido entrar y salir de allí sin ser destruidos.

-Eugenia- balbuceé- ¿Por qué hubo un instante o no sé... No pude darme cuenta del período de tiempo, en que, siendo espíritu, perdí la noción de todo?

-Es tal la energía de destrucción que existe allí y por otra parte es tan imperfecta toda alma humana, que no me hubiera sorprendido constatar que estuve a punto de perderte. Pero no pienses más en todo aquello. Vibro y Bruno, expertos en recopilar las infinitas vibraciones acústicas y cromáticas que existen en este nuevo mundo, seleccionarán algunas de ellas para que goces en plenitud de la magnificencia de mi Reino y olvides absolutamente toda

sensación negativa.

De improviso me vino una pregunta: ¿Qué don o talento tenían los dos compañeros de viaje, seguramente elegidos por Eugenia, para que nos acompañasen en esta aventura?

La luz era ilimitada, es decir venía de todas partes y no se vislumbraban fronteras. Los gorjeos continuaban alegrándonos por doquier. Entonces escuché una hermosa melodía que provenía de innumerables instrumentos cuyos timbres de sonido eran desconocidos para mí. Las notas musicales se mezclaban formando un contrapunto sorprendente. Sus fugas y otras variaciones me eran totalmente desconocidas. Jamás las había escuchado antes.

Era tan fantástico oír esta música extraordinaria, lejana, cercana y total, que era imposible no caer en un estado de éxtasis de belleza plena. Comprendí que Vibro había seleccionado una minúscula partícula, un granito de arena en un desierto, para que yo tuviera conciencia del mundo de los sonidos que existía en el reino de Eugenia.

El goce, la magnífica sensación acústica me invadía totalmente.

Era tanta la belleza, la armonía perfecta, el placer de escuchar todo ello, que presentía estar llegando a una felicidad completa. Entonces, en relación a las combinaciones de la música, comencé a percibir diferentes tonalidades de color -millones de ellas- que

EUGENIA, LA FATA

coincidían con la frecuencia de las vibraciones musicales (No digo notas porque era algo más evolucionado que eso).

Me vino a la memoria haber leído tiempo atrás, que ciertas y contadas personas podían oír un sonido y al mismo tiempo ver un color, como si los sentidos de la visión y acústico estuviesen unidos por conexiones nerviosas que no existen en el ser humano normal.

Estas personas notables tienen la capacidad de gozar con diferentes tonalidades de colores relacionadas con la música que escuchan. En el caso mío, en esos instantes, esta percepción habría que potenciarla a cifras propias de los cálculos astronómicos ya que no era posible distinguir un sonido o tal color, porque las vibraciones de ambos que llegaban a mí eran tan numerosas como las hojas de los árboles de un gran bosque.

Lentamente todas estas exquisitas sensaciones que llegaban a mi persona fueron atenuándose hasta desaparecer definitivamente.

Bruno tiene algo más que ofrecerte -oí que me decía la voz invisible de Eugenia-. No solamente está capacitado para mostrarte el policromatismo de este mundo en que estamos sino que puede escogerte una pizca de lo que nosotros llamamos paisajes idílicos. En efecto, cuando el colorido infinito languideció, pude percibir en el horizonte paisajes similares a los terrestres, con valles cubiertos de flores, montañas, lagos, etc. Todo era lejano y perfecto, de una armonía tal, que solamente atinaba a desear, a anhelar intensamente

dirigirme hacia esos lugares y gozar con esa hermosura incomparable.

Ante mí aparecieron paisajes de un colorido -ahora real-estupendos. Montañas nevadas al atardecer, nubes majestuosas y todo lo que puedas imaginar con respecto a algo bellísimo en la Tierra.

Yo permanecía estático, inmóvil, observando todo aquello, cuando la suave voz de Eugenia me hizo salir de ese estado de fascinación para decirme que debíamos regresar.

-¿Otra vez por el hoyo negro? ¿La gehenna?, pregunté con bastante temor.

-No- me respondió Eugenia. Volveremos por otras rutas estelares más calmas.

Es el instante de partir.

Tuve la sensación que me transformaba en algo fugaz, vibratorio, que atravesaba el éter a una velocidad imposible de concebir, y también sentí, al igual que al inicio de este viaje fabuloso, que no viajaba solo. Mis amigos estaban junto a mí y retornábamos al Sistema Solar, nos dirigíamos a nuestro planeta Tierra.

Desperté entumecido con la espalda apoyada en la húmeda pared y las piernas encogidas, como una momia atacameña.

Poco a poco pude estirar los brazos y me puse de pie con gran

EUGENIA, LA FATA

dificultad.

Mis compañeros dormían profundamente. No quise despertarlos.

Me retiré del lugar silenciosamente.

Amanecía.

Llegué a la avenida España. Sin tener voluntad alguna para movilizarme en algún vehículo y también por no haber asomo de movimiento ferroviario, decidí caminar por esa avenida hasta Viña del Mar.

Poco a poco mi cuerpo se fue desentumeciendo y volvió a ser ágil.

Los doce kilómetros de caminata fueron estimulantes y bastante provechosos para equilibrar mis pensamientos.

¿Dónde había estado?

¿Todas esas sensaciones acústicas y visuales inesperadas estarían relacionadas con una droga alucinógena que habría aspirado frente a la fogata? ¿Habría tenido una crisis similar a la epilepsia y las percepciones visuales corresponderían a una áurea previa?

Todo tipo de elucubraciones fueron pasando por mi mente y las fui desechando una por una porque no coincidían con los hechos acaecidos. Entonces decidí no mortificarme más con raciocinios científicos y escogí la placentera actitud de solamente evocar las

asombrosas experiencias que había tenido. Las saboreé y me deleité una vez más con ellas y evité las escenas de pánico que las habían antecedido.

El Sol se asomaba por los cerros allá en el Este y los automóviles empezaban a circular cada vez en mayor número hasta copar las vías de la avenida.

Todos van presurosos -pensé- para mejorar el mundo, en busca de un progreso, para un beneficio económico personal o para sus familiares. Van con prisa por llegar al trabajo, para ganar dinero, para subsistir o buscar el poder, el placer material, el éxito, con tanta prisa ¿a qué fin se está llegando? ¿A qué perfección? ¿A qué progreso?

Llegará un momento en que la prisa nos acicateará con su látigo en forma tan cruel que caeremos de bruces, exhaustos, sin poder comprender lo que es la verdadera belleza de la vida en sí.

Quizás, mis amigos, los tres mendigos, son unos verdaderos filósofos. ¿Qué ambición tienen? ¿Cuáles son sus ansias de poder? Ellos probablemente han captado mucho antes todo este alud de materialismo absurdo y se han hecho voluntariamente mendigos para poder gozar con plenitud una vida sin apuro ni prohibiciones. Pero, quizás... La verdad es otra. Probablemente son una secta de sabios. Tal vez magos de otras órbitas planetarias que estaban disfrazados, al igual que yo en este viaje.

EUGENIA, LA FATA

¿Y Eugenia? ¿No sería algo más? ¿Un hada o un ángel de un universo diáfano y misterioso?

Tuve la dicha de conocer este universo, de saber que existe realmente.

Metí la llave en la cerradura y abrí la puerta. El jardín, iluminado por los primeros rayos matinales lucía limpio y silencioso.

Me libré del disfraz húmedo y maloliente, tiré la barba al pasto, junto a la ropa y los zapatos.

Subí en puntillas la escalera y me dirigí al baño, a la ducha caliente. Mi mujer y mis hijos aún dormían. Mientras me confortaba con el chorro de la ducha y me jabonaba, ordené mis pensamientos.

Quizás la civilización a la que pertenezco, no está tan equivocada en su andar al progreso, ya que el resultado de la búsqueda hacia el bienestar y el perfeccionamiento podría estar sintetizado en el perfumado y resbaloso jabón con el cual me estaba sacando la mugre de mi cuerpo, que había soportado un disfraz de mendigo.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.